

LA MANIPULACION DE LAS MASAS COMO ARMA POLITICA EN EL MUNDO HELENISTICO

Por F. JAVIER GOMEZ ESPELOSIN

Cuando examinamos de cerca la interminable historia de los conflictos internos en las ciudades durante la época helenística e intentamos establecer las pautas seguidas en su desarrollo descubrimos de inmediato la gran importancia que tuvieron algunas personalidades individuales que actuaron como líderes y hasta qué punto se sirvieron de su prestigio carismático y, por consiguiente, de sus posibilidades en este sentido para ejercer un dominio efectivo en el panorama político de sus respectivos Estados. En los casos en los que se trataba de alcanzar la supremacía frente a otros rivales y de obtener, por tanto, el apoyo y el respaldo de la mayoría de la población, estas personas emplearon todos los recursos a su alcance, desde la desacreditación de sus adversarios hasta la eliminación física de los mismos. Dentro de estas posibilidades nos interesa resaltar aquí el amplio eco que obtuvieron entre la multitud cierta clase de recursos de manipulación psicológica que fueron empleados en diversas ocasiones y el grado de influencia que pudieron significar en el desarrollo y culminación de los hechos.

Un caso claro lo constituyen determinadas intervenciones ante la asamblea de algunos *principes* con la finalidad de obtener de la misma la exculpación de una pena que habían llevado adelante sus oponentes políticos (1).

(1) Usamos aquí el término *principes* en el sentido fundamental de miembros de la aristocracia, a pesar de que en muchos casos es discutible su acepción exacta dadas las imprecisiones de Livio al respecto. Sobre el problema, J. BRISCOE, «Roma y la lucha de clases en los Estados griegos (200-146 a. de C.)», en *Estudios sobre Historia Antigua*, trad. cast., Madrid, 1981, pág. 69, nota 17; J. DEININGER, *Der politische Widerstand gegen Rom in Griechenland 217-86 v. Chr.*, Berlín-Nueva York, 1971, págs. 15 y siguientes, y la revisión de libro por P. S. DEROW en *Phoenix*, núm. 26 (1972), páginas 105 y sigs.

Para ello se echó mano de cierta clase de recursos emotivos que incidiesen de manera especial en la psicología de la multitud, muy apropiada en la mayoría de los casos para acoger de manera favorable este tipo de sentimientos (2). De esta forma los *principes* acarnanios Arquelao y Bianor, partidarios de la alianza con Roma, tras haber sido condenados por traición por haber intentado que se aprobase un decreto en favor de Roma en la asamblea de manera irregular, a instancias de sus adversarios Androcles y Eque-demo, partidarios de Filipo V, consiguieron la derogación de su condena. Conscientes de su prestigio, del que quizá es buena prueba la aprobación del decreto motivo del asunto, decidieron presentarse ante la asamblea en contra de quienes les habían aconsejado la huida junto a los romanos. Con esta acción despertaron en su favor la admiración primero y más tarde la compasión por el estado actual en que se hallaban, logrando de esta forma conmover a la asamblea (3). Un ejemplo similar lo encontramos en la ciudad de Demetrias, la principal del *koinón* de los Magnetes. Eurfloco, líder de la facción partidaria de Etolia, se había visto obligado a huir de la ciudad tras una intervención de Flaminio ante la asamblea de los Magnetes en la que había sido secundado por el líder de la facción rival Zenón, que consiguió decantar de su lado la opinión mayoritaria (4). Sin embargo, Eurfloco se las ingenió para que se votase su retorno enviando a su esposa e hijas a suplicar ante la asamblea *cum sordida veste, tenentes velamenta supplicum*, rogando a cada uno en particular y a todos en general que no consintieran que un hombre inocente y que había sido exiliado sin juicio previo se viese obligado a pasar sus días en el exilio (5). El propio Livio, que constituye nuestra fuente para el caso, se muestra consciente del fenómeno cuando describe la composición de la asamblea que votó el retorno de Eurfloco como *simplices homines et improbi seditiosique* (6).

(2) Sobre los sentimientos de las masas, G. LE BON, *Psicología de las masas*, trad. cast., Madrid, 1983, págs. 35 y sigs. En general, S. MILGRAM y H. TOCH, «Collective Behavior: Crowds and Social movements», en G. LINDZEY y E. ARONSON (eds.), *Handbook of Social Psychology*, Addison-Wesley Mass., 1969, IV, págs. 507-610. También N. J. SMELSER, *Theory of Collective Behavior*, Londres, 1962, páginas 226-269.

(3) Liv. XXXIII, 16, 1 y sigs. *Cum se frequenti concilio intulissent, primo murmur ac fremitus admirantium, silentium mox a verecundia simul pristinae dignitatis ac misericordia praesentis fortunae ortum est.* Sobre los hechos en general, DEININGER, *op. cit.*, págs. 47-49.

(4) Liv. XXXV, 31.

(5) Liv. XXXV, 34, 7.

(6) Liv. XXXV, 34, 8. Sobre la derivación del texto de Polibio, BRISCOE, *A Commentary on Livy Books XXXIV-XXXVII*, Oxford, 1981, pág. 2.

Otro caso más al respecto lo hallamos en Etolia cuando en el 170 se presentó en el país la embajada romana que estaba recorriendo Grecia en esos momentos y tras convocar una asamblea solicitó la entrega de rehenes. Entonces se produjeron mutuas acusaciones entre los distintos líderes que llegaron a alcanzar gran violencia. Pantaleón, uno de los que habían sido acusados por Licisco de haber favorecido la causa macedonia, acusó a Toante ante la asamblea de ingratitud hacia su persona, dado que cuando este último había sido rehén de los romanos fue puesto a salvo por su intervención en su favor. Por ello incitó a la multitud a arrojar piedras sobre Toante para impedirle hablar y fue así lapidado a instancias suyas (7).

Podría también citarse dentro de este tipo de recursos la artimaña de Apolodoro, que llegó a convertirse en tirano de Casandrea, para resultar absuelto de la acusación que se le había hecho en este sentido. Se presentó ante el tribunal ataviado de negro junto con su esposa e hijas para suplicar en su favor, consiguiendo de esa forma su propósito al conmovier a los jueces (8). Es bien sabido que esta clase de recursos era moneda corriente en los tribunales, según sabemos por el testimonio de los oradores, sin embargo, en este caso es muy posible que al tratarse de personajes que buscaban obtener algo más que la simple absolución se persiguiesen también otras miras como la obtención de un cierto consenso en su favor.

Otra forma indudable de manipulación de la multitud residía en despertar su temor y obtener de esa forma un fácil acatamiento, que sería imposible conseguir de otra forma dado el predominio de la facción rival. Es el caso de Calícrates en la Confederación aquea que utilizó el respaldo romano como motivo para infundir el temor en la multitud y desafiar así el prolongado predominio de sus adversarios políticos, entre los que se contaba Licortas, padre de Polibio, y el propio historiador. Este último factor nos obliga, sin embargo, a considerar con alguna cautela su testimonio referente a la persona de Calícrates, a sus objetivos y a los medios que empleó para conseguirlos (9). De cualquier modo, el que consiguiese la deportación de sus oponentes políticos a Roma tras la derrota de Perseo sugiere que pudo muy bien haber utilizado de verdad esa táctica para lograr la preeminencia po-

(7) Pol. XXVIII, 4, 9 y sigs.

(8) Polyæn. VI, 7.

(9) Pol. XXIV, 10, 13. En general sobre el tema de Calícrates y la fiabilidad de Polibio en este punto, E. GRUEN, «Class Conflict in the Third Madonian War», en *AJAH*, 1 (1976), págs. 33 y sigs. También F. W. WALBANK, *A Historical Commentary on Polybius (Books XIX-XL)*, Oxford, 1979, págs. 263-264.

Sobre todo el asunto, P. S. DEROW, «Polybios and the Embassy of Kallikrates», en *Essays presented to C. M. Bowra*, Oxford, 1970, págs. 12-23.

lítica dentro del Estado, ya que parece algo admitido que era la facción rival la que gozaba de un apoyo mayoritario entre la población (10). Igualmente el magistrado tebano Antífilo se sirvió del temor despertado por la presencia directa de Flaminio, escoltado por dos mil *hastati*, para conseguir que se aprobase un decreto en favor de la alianza de la Confederación beocia con Roma. Livio indica cómo los tebanos tuvieron que reprimir su indignación ante lo que a sus ojos aparecía como una traición de parte de Antífilo dados los inconvenientes que les habría supuesto el ponerla de manifiesto (11). En la propia Beocia los partidarios declarados de Roma pretendieron conseguir de Flaminio su consentimiento y colaboración para asesinar al líder de la facción rival, partidaria de Macedonia, como única manera de lograr la supremacía política (12). Asimismo es muy posible que el temor jugase un destacado papel en la rebelión de los efesios contra Mitrídates VI a la vista de los acontecimientos de Quíos, por lo que las clases dirigentes de la ciudad, verdaderos agentes de la rebelión, debieron hacer uso del mismo como resorte para impulsar al resto de la población a seguirles en su acción (13).

De una manera más sutil lo encontramos empleado en algunas ocasiones en forma de aviso sobre posibles males futuros si se adopta un determinado tipo de conducta que supone en alguna medida una alteración del *status*. Así en el discurso del etolio Alejandro, del que solamente tenemos un breve fragmento, se invita a abandonar cualquier intento legislativo relacionado con el tema de las deudas (14). Este había sido emprendido por Escopas y Dorímaco, pero debió encontrar serios obstáculos para su puesta en práctica y Escopas tuvo que partir del país al no resultar elegido estratega, lo cual nos lleva a suponer que las prevenciones enunciadas en el discurso de Alejandro calaron entre la mayoría y consiguieron de esta forma su pro-

(10) Así parece desprenderse de los acontecimientos, ya que la facción de Calícrates aparece siempre en minoría frente a su rival.

Una buena muestra de ello es también el que los nombres de los estrategas que nos han sido conservados durante el período comprendido entre el 179 y el 168, coinciden todos con oponentes de Calícrates, Gruen, art. cit., pág. 33.

(11) Liv. XXXIII, 1-2. Sobre los hechos, DEININGER, *op. cit.*, págs. 49 y sigs. Sobre la persona de Antífilo y el cargo que ocupaba en esos momentos, P. ROESCH, «Les lois fédérales beotiennes», en *Teiresias*, Suppl. I (1972), págs. 112-121. También J. A. O. LARSEN, *Greek Federal States, Their Institutions and History*, Oxford, 1968, págs. 179-180, y BRISCOE, *A Commentary on Livy Books XXXI-XXXIII*, Oxford 1973, pág. 249.

(12) Pol. XVIII, 43, y Liv. XXXIII, 27.

(13) App. *Mithr.*, 48. Sobre los hechos, TH. REINACH, *Mithridates Eupator*, trad. alem., Hildesheim-Nueva York, 1975, págs. 175 y sigs.

(14) Pol. XIII, 1-1a.

pósito (15). Quizá pueda considerarse aquí también la utilización que hizo Casandro de los relatos de los desertores que huían de Pidna, donde se hallaba sitiada Olimpia, sobre los horrores que allí tenían lugar, para desacreditar a la reina y eliminar así su gran ascendiente entre los macedonios que ya había puesto de manifiesto anteriormente (16). Precisamente en el sentido contrario, el de calmar los temores que se habían suscitado con su llegada, hay que señalar el discurso de Antíoco III en la ciudad acarnania de Medio, que mediante una oratoria amable —*placida oratio*— se supo atraer de su lado a todos aquellos que se habían visto desagradablemente sorprendidos por la repentina irrupción del rey en la ciudad, ayudado por su partidarios en la misma, Clíto y Mnasíloco. Este discurso, y especialmente las promesas que en él se debieron hacer, tuvo también resonancia favorable en otras ciudades que se vinieron a sumar de esta forma a los partidarios del rey sirio. Nuevamente Livio refleja la conciencia romana de hasta qué punto operó entre la multitud esta clase de recursos: *decepti pollicitationibus regiis* (17).

Por el mismo camino, si bien aquí no se trataba de calmar ninguna clase de temores sino más bien de apelar a cierta clase de sentimientos en los que se mezclaban el amor patrio sojuzgado y los deseos profundos de cambio particular, iba dirigido el célebre discurso de Atenión a los atenienses que nos ha conservado Ateneo en cita de Posidonio (18). En él se prometían grandes cambios en todos los terrenos si se aceptaba la amistad de Mitrídates VI en lugar de la de Roma, que tenía en esos momentos en sus manos el gobierno de la ciudad y había llegado incluso a paralizar ciertos mecanismos habituales en el funcionamiento normal de la vida ciudadana (19).

(15) Sobre las medidas posibles que adoptaron estos nomógrafos, D. ASHERI, «Leggi geche sul problema dei debiti», en *SCO*, 18 (1969), págs. 57-58. También A. PASSERINI, «I moti politico sociali della Grecia e i Romani», en *Athenaeum*, 11 (1933), págs. 319-320. WALBANK, *A Historical Commentary on Polybius Books VII-XVIII*, Oxford, 1967, págs. 413-414.

(16) Esto ya había ocurrido en la batalla de Evia en el 317, Duris en Athen. 560 f. Diod. XIX, 51, 3. Sobre los hechos de Pidna, G. H. MACURDY, *The Hellenistic Queens*, Baltimore, 1932, pág. 43.

(17) Liv. XLII, 38, 3. Sobre los hechos en general, DEININGER, *op. cit.*, págs. 94-96.

(18) Athen. V 211 f-215 b = Jacoby FGrHist 87 F 36 = Eddelstein-Kidd, Posidonium, F 253.

(19) Sobre la situación de Atenas en esta época, W. S. FERGUSON, *Hellenistic Athens*, Londres, 1911, págs. 435 y sigs. También E. CANDILORO, «Politica e cultura in Atene da Pidna alla guerra mitridatica», en *SCO*, 14 (1965), págs. 145 y 165. E. BADIÁN, «Rome, Athens and Mithridates», en *AJAH*, 1 (1976), págs. 112 y sigs. DEININGER, *op. cit.*, págs. 245-261.

El discurso tuvo su efecto inmediato y Atenión resultó elegido estratega implantando a continuación una tiranía *de facto* en Atenas con el apoyo inicial de gran parte de la población (20).

La concesión de ciertas prerrogativas a la población o a una parte de ella fue también un sistema que funcionó en algunos casos para calmar el descontento existente en contra de un rey y poder seguir ocupando de esa forma el trono. En este sentido resultan ilustrativos los casos de Eumelo en el Bósforo, que tuvo que restituir a la ciudad sus antiguos privilegios a los que habían puesto fin sus predecesores en el trono para apaciguar el descontento que se había suscitado en su contra en Panticapeo, y quizá —aquí existen más dudas al respecto —el de Antígono Dosón, que debió hacer frente a una rebelión en el momento de su coronación y se vió obligado a conceder al ejército algunas atribuciones, quizá más en apariencia que de hecho (21). En este caso, sin embargo, intervinieron también factores como el carisma personal del propio Dosón que le permitió el hacer frente a los rebeldes, haciendo alarde de sus méritos para ocupar el trono y del escaso apego hacia un poder que le había supuesto muchos inconvenientes, lo cual —según el breve testimonio de Justino— provocó la reacción buscada de que le solicitase el mismo pueblo, arrepentido por su acción, su retorno al poder. Una situación que le permitió incluso establecer condiciones previas como el castigo de los responsables de la rebelión que le aseguraban así su afianzamiento personal (22).

La utilización del prestigio o carisma personal en beneficio de una opción determinada fue un sistema empleado con frecuencia durante el periodo a que nos referimos, aunque posiblemente no en medida menor que en otros momentos de la historia. La incidencia que determinadas personas y sus acciones tenían sobre la multitud queda reflejada en casos como el brusco cambio de opinión experimentado entre los beocios en sucesivas ocasiones con motivo de decidir la alianza exterior más conveniente. En una de ellas el resumido texto de Livio se limita a expresar este cambio en los sentimien-

(20) Sobre la tiranía de Atenión además de las obras citadas en la nota anterior, H. BERVE, *Die Tyrannis bei den Griechen*, Munich, 1967, págs. 412-414.

(21) Diod. XX, 22-24. ROSTOVITZEFF, *CAH*, VIII, págs. 577-578. Sobre el episodio de Antígono Dosón, Just. XXVIII, 3, 11 y sgs. Sobre los hechos, W. BETTINGEN, *König Antigonos Doson von Makedonien*, Diss. Jena, 1912, págs. 17-18. Sobre la cuestión de las concesiones a los macedonios, W. TARN, *CAH*, VII, pág. 751. Sobre la existencia del elemento constitucional en la monarquía macedonia durante el reinado de Dosón y los primeros años del de Filipo, LARSEN, «*Consilium in Livy XLV, 18, 6-7, and the Macedonian Synedria*», en *CPh*, 46 (1949), pág. 84.

(22) Just. XXVIII, 3, 16: *Cum populus pudore motus recipere eum regnum iubere, tam diu recusavit, quoad seditionis auctores supplicio traderentur.*

tos generalizados con un simple *mutatis animis* (23), sin embargo, para otro de estos momentos contamos también con el testimonio original de Polibio, en el que se pone de manifiesto la gran influencia que ejercieron algunos líderes como Olímpico de Coronea, hasta el punto de convertirse en los verdaderos responsables del cambio completo de actitud de la multitud, favorable ahora a la alianza romana y contraria a la de Perseo, a pesar de haberse mantenido anteriormente en esta postura (24). Los argumentos de persuasión manejados fueron la superioridad romana, que ya se había puesto anteriormente de manifiesto contra Filippo V y Antíoco III, y la conveniencia lógica de ceder a sus exigencias, con lo que nos encontramos nuevamente con uno de los motivos más arriba apuntados, la utilización del miedo como preciso detonante de las acciones de la mayoría (25). En algunas ocasiones la preeminencia política de estos hombres determinaba la alianza de sus ciudades respectivas, siendo solamente su posición personal la que mantenía una opción a ultranza, ya que con su desaparición las cosas se decantaban del lado contrario, aunque bien es cierto que no por convicciones sino por oportunismo y tratando de adoptar una posición más acorde con el desarrollo de los acontecimientos. Esto fue lo ocurrido en el Epiro durante la tercera guerra macedónica, donde solamente la resistencia obstinada de los líderes Antínoo y Teodoto en la ciudad de Pasarón impidió su entrega a los romanos, cosa que tuvo lugar tras la muerte de aquéllos. Y lo mismo sucedió con Céfalo en Tecmón (26). Es igualmente significativo a este respecto el caso de Arquedamo en Etolia. Livio indica cómo la ciudad de Estrato, cediendo a la autoridad de aquél había llamado a Perseo, sin embargo, se aprovecharon de su ausencia —había salido a recibir al rey— los miembros de la facción contraria y ante la falta de ánimo de sus partidarios convocaron al romano Popilio. En Aperantia por el contrario Perseo fue recibido *consensu omnium* a causa de la consideración de que gozaba Arquedamo entre sus habitantes (27). Incluso en algún caso el prestigio y cre-

(23) Liv. XLIII, 43, 8.

(24) Pol. XXVII, 1, 9: Ὀλυμπίου δὲ τοῦ Κορωνέως πρώτου μεταθεμένου καὶ φάσκοντος δεῖν ἀντέχεσθαι Ῥωμαίων, ἐγένετο ὁλοσχερῆς ῥοπή καὶ μετάπτωσις τοῦ πλήθους.

(25) En este caso se sumaba el hecho de provenir de un líder de una ciudad en la que había sobrados motivos para mantener la hostilidad contra los romanos debido a sus exacciones en la zona y al trato dispensado por Flaminio. Liv. XXXIII, 29, 8 y sigs. Pol. XX, 7, 3.

(26) Liv. XLV, 26, 3-10.

(27) Liv. XLIII, 22, 3 (sobre Estrato) y Liv. XLIII, 22, 11 (sobre Aperantia): *Aperanti eum propter Archidami magnam in ea gente gratiam auctoritatemque consensu omnium acceperunt.*

dibilidad que disfrutaba un personaje como Leonipo entre la asamblea de Sínope llevó a sus adversarios políticos a asesinarle como el único medio de proseguir en una postura que Leonipo había intentado cambiar —el abandono de Mitridates VI— por la que había sido acusado ante la asamblea sin ningún éxito por su parte al no dar su consentimiento la multitud, dado que consideraba a aquél un hombre fuera de toda sospecha (28).

Dentro de este prestigio carismático que actuaba como poderoso resorte en las acciones de la multitud cabe incluir también el de algunos monarcas como los Tolomeos, hacia cuya figura la muchedumbre alejandrina mostró en todo momento una singular devoción, explicable solamente si entendemos sus mutuas relaciones desde el punto de vista de una simbiosis, tal y como lo ha expresado Claire Préaux (29). De esta forma se utiliza la persona del rey como factor operativo en algunos de los disturbios frecuentes que protagonizaron los alejandrinos a partir del reinado de Filopátor. Así en la revuelta contra el consejero de este último, Agatocles, en el 203, la multitud concentrada en el estadio exigía la presencia del rey niño Tolomeo Epífanés y la muerte de aquél a instancias de los macedonios de la guardia real, que fueron los que iniciaron la rebelión (30). Del mismo modo un noble egipcio helenizado llamado Dionisio Petosarapis trató de utilizar en pro de sus propios objetivos de rebelión contra el dominio griego en Egipto el favor popular hacia Tolomeo Fiscón en contra de su hermano Filométor, que ocupaba el trono en esos momentos. Para ello extendió entre la multitud el rumor de que se preparaba un atentado contra la persona de su favorito, para el que él mismo había sido solicitado, con la esperanza de que este motivo provocaría el estallido de una rebelión, de cuyo resultado esperaba obtener partido. Sin embargo, la reconciliación de los dos hermanos, que se mostraron juntos en público, frustró su tentativa en este sentido (31). El mismo fenómeno es puesto de manifiesto también más adelante cuando en la rebelión de Alejandría contra César, tanto este último como los consejeros reales se disputen la posesión de la persona del monarca, Tolomeo XIII, conscientes ambos del gran influjo que ejercía su figura sobre la muched-

(28) Memnón en Jacoby FG+Hist 434 F 37. Sobre los hechos en REINACH, *op. cit.*, pág. 352.

(29) CL. PRÉAUX, *Le monde hellénistique*, París, 1978, pág. 510.

(30) Sobre todo Pol. XV, 25-33. Sobre los hechos P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria*, 3 vols., Oxford, 1972, págs. 81 y 118, y A. JÄHNE, «Politische Aktivität der Bevölkerung Alexandrias am Ende des 3.Jh.v.u.Z. (nach Polybios)», en *Klio*, 68 (1976), pág. 419.

(31) Diod. XXXI, 15a.

dumbre y de las ventajas tácticas que se podían derivar de ello (32). César trató de presentar en todo momento el conflicto como la obra de la camarilla real y no del propio rey, y Potino, quizá la figura dirigente de la oposición a César, empleó el ascendiente regio entre la multitud como motivo de exaltación antirromana (33). Quizá cabría considerar también como fruto del prestigio de sus líderes respectivos y, por tanto, de la gran influencia que su posición tenía en todo momento, las rebeliones de Milasa y Laodicea contra Quinto Labieno, cuando al mando de un ejército parto invadió el sur de Asia Menor a comienzos del año cuarenta. Las destacadas personalidades de Hibreas y de Zenón aparecen como los responsables directos de la resistencia ofrecida al invasor y al parecer fueron secundados en sus acciones por toda la población, motivo por el que fueron posteriormente recompensados por Roma con la concesión de determinados beneficios personales (34).

En ciertas ocasiones no fue sólo el poder carismático de un líder individual lo que movió a la revuelta a la multitud sino la acción decidida de un grupo ya organizado en una conspiración previa que dio los pasos primeros y decisivos. Por lo general se trató de conjuras aristocráticas como la ocurrida en Elide contra el tirano Aristótimo que encabezó un tal Helánico (35), la trama de Arato de Sición contra el tirano Nicocles en su ciudad (36) o la rebelión organizada en Argos por un tal Aristóteles, amigo de Arato, contra el tirano Aristómaco II, aprovechando el descontento existente en la ciudad al no haberse llevado a efecto las reformas revolucionarias que cabía esperar después de la unión de la ciudad con el rey espartano Cleómenes III (37). Sin embargo, también hubo quienes basándose en el malestar social existente y sabiendo capitalizarlo en su favor obtuvieron el dominio en sus ciudades. Este fue el caso posiblemente de Apolodoro de Casandrea, ya citado

(32) De hecho la presencia de un representante de la dinastía, Arsínoe, hermana del rey, produjo un notable incremento en el ánimo de los sublevados, según lo refiere Dión Casio, XLII, 39, 2.

(33) Sobre el papel decisivo jugado por este personaje nos puede dar una idea el que fuese asesinado por César, hecho en el que coinciden las dos fuentes principales que tenemos para los hechos, Dión Casio y el *Bellum Civile* de César, XLII, 39, 2, y III, 112, 12, respectivamente.

(34) Dio Cas. XLVIII, 26, 4, y Strab. XIV, 660. Sobre sus personas, BERVE, *op. cit.*, pág. 438, y G. BOWERSOCK, *Augustus and the Greek World*, Oxford, 1965, páginas 5-8 y 45 y 61. Hibreas obtuvo la ciudadanía romana y llegó a ser sacerdote de Augusto y un hijo de Zenón pasó a convertirse en rey cliente de Roma.

(35) Plut. *De mul. virt.*, 251-253.

(36) Plut. *Arat.*, 4-9.

(37) Plut. *Arat.*, 44, 2 y sigs.; *Cleom.*, 20, 5, y Pol. V, 16, 6.

antes, o de Diodoro, un estratego de Adramitio que masacró al Consejo de la ciudad y obtuvo de esta forma el poder (38). El caso curioso del tirano Lisias en Tarso, que conocemos por Ateneo, quizá respondió también a este tipo de razones (39). Sin embargo, también hubo ocasiones en las que la multitud no respondió de la forma esperada al llamamiento que se le hacía y ello supuso el fracaso de la tentativa en cuestión. En unos casos fue lo imprevisto del intento lo que mantuvo alejada a la multitud como ocurrió con Cleómenes en Alejandría, que pretendió organizar una rebelión aprovechando la ausencia del rey, pero al no contar con ninguna clase de apoyo fuera de sus compañeros de conjura perdió la vida como resultado de su acción. Su llamamiento a los alejandrinos no tuvo ninguna acogida permaneciendo al margen de los hechos (40). En otras ocasiones la causa del escaso eco que encontraron estas apelaciones a la «liberación» residía en el hecho de que el gobierno que se pretendía derrocar contaba con el respaldo mayoritario y, por tanto, no se prestaban oídos a conjuras que pretendían acabar con el mismo. Esto fue lo que le sucedió a Arato en sus varios intentos de derrocar a los tiranos de Argos, para los que no encontró en ningún momento el apoyo deseado. Las razones que ofrece Polibio para justificar el retraimiento de la multitud —muy posiblemente sacadas de las Memorias del propio estratego aqueo— no llegan a ocultar la verdadera explicación: sencillamente los argivos en su mayoría apoyaban a sus tiranos (41). Algo similar ocurrió también en Argos más tarde cuando un joven noble llamado Damocles trató de rebelar a la población contra la dominación de Nabis. Los argivos no le secundaron y los pocos que se atrevieron a lanzarse tras sus pasos fueron masacrados con relativa facilidad por la guarnición espartana (42).

(38) Sobre Apolodoro, Diod. XXII, 5, y Polyæn. VII, 7, 2. Sobre Diodoro de Adramitio, Strab. XIII, 614.

(39) Athen. V, 215 c. Se destaca de manera especial la curiosa vestimenta que lucía el tirano, consistente en una túnica de púrpura con tiras blancas y un costoso manto sobre ella.

(40) Pol. V, 39; Plut. *Cleom.*, 37, y Paus., II, 9, 3. Sobre los hechos. G. MARASCO, *Commento alle biografie plutarchee di Agide e di Cleomene*, Roma, 1981, páginas 646 y sigs.

(41) Plut. *Arat.*, 26, 2-3, que debe provenir igualmente de las Memorias de Arato, indica que los argivos estaban tan habituados a la esclavitud que por ello no prestaron ninguna clase de ayuda a Arato. Pol. II, 59, 8. Sobre el favor de que gozaba la dinastía, J. MANDEL, «A propos d'une dynastie de tyrans à Argos (III siècle av.J.C.)», en *Athenaeum*, 57 (1979), págs. 301 y sigs.

(42) Liv. XXXIV, 25-26. Sobre las reformas de Nabis en Argos y su aceptación, J. G. TEXIER, *Nabis*, París, 1975, págs. 55 y sigs.

Por todo lo que antecede vemos cómo la multitud actuó las más de las veces en que su intervención tuvo consecuencias importantes que sobrepasasen el mero tumulto callejero claramente manipulada por la acción eficaz de unos líderes, que en su lucha por el predominio y la supremacía dentro del Estado o bien simplemente con vistas a mantenerse en el poder hallaron en ella el instrumento adecuado para conseguir sus objetivos. Hay que tener en cuenta que la gran mayoría de los Estados griegos continuaban rigiéndose por sistemas democráticos en mayor o menor medida y ello significaba que había que conseguir el respaldo de una gran mayoría de la población para ocupar los cargos que daban acceso al poder (43). Por lo que respecta a las capitales de las monarquías helenísticas, como es el caso de Alejandría, en ellas se constituyó una multitud heterogénea, procedente en gran parte del interior del país que había acudido atraída a la ciudad en busca de mejores condiciones, la cual pasó a convertirse, sobre todo a partir de finales del siglo III, en el verdadero poder *de facto* que derrocaba monarcas y los coronaba, siguiendo eso sí muchas veces las directrices e intereses de las camarillas cortesanas que la sabían utilizar como resorte (44). A pesar de todo ello no debemos olvidar como bien nos recuerda George Rudé que la multitud no era una entidad abstracta solamente y que estaba compuesta por individuos ligados a unas circunstancias históricas (45). En nuestro caso es prácticamente imposible delimitar con algún viso de certidumbre la composición social de estas muchedumbres, dada la escasez de nuestros datos y el parco conocimiento que tenemos de la vida diaria de sus gentes. Sin embargo, debió existir una diferencia importante entre las ciudades propiamente griegas, entendiendo por tales aquellas que no fueron fundadas *ex novo* a comienzos de la época helenística, y las grandes capitales orientales, especialmente Alejandría y Antioquía, cuyo mero emplazamiento, dentro de un país no griego, les confería ya unas características especiales que quedaron reflejadas en lo heterogéneo y variopinto de su población (46). De cualquier modo, y dando por sentada esta dificultad inicial de acceso, nuestra intención aquí no ha sido otra que la de poner de relieve hasta qué punto jugó un papel preponderante y en muchos casos decisivo la manipulación conscientemente ejercida por monarcas y líderes en general en el desenvolvimiento del discurrir histórico del período considerado y señalar cuál

(43) A. H. M. JONES, *The Greek City from Alexander to Justinian*, págs. 157 y siguientes.

(44) Sobre la población de la ciudad, FRASER, *op. cit.*, I, págs. 38 y sigs.

(45) G. RUDÉ, *La multitud en la historia*, trad. cast., Madrid, 1979, págs. 245 y sigs.

(46) Sobre Alejandría véase nota 44. Sobre Antioquía, G. DOWNEY, *A History of Antioch in Syria*, Princeton, 1961, esp. págs. 67 y sigs.

les fueron las formas y recursos de los que se sirvieron para hacerla efectiva en cada momento concreto. Todo ello en la convicción de que de esta forma podremos quizá comprender algo mejor los conflictos internos de sus ciudades, las causas que los motivaron y en definitiva los mecanismos de acción más habituales en este tipo de fenómenos históricos.